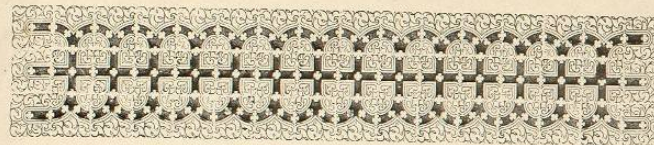
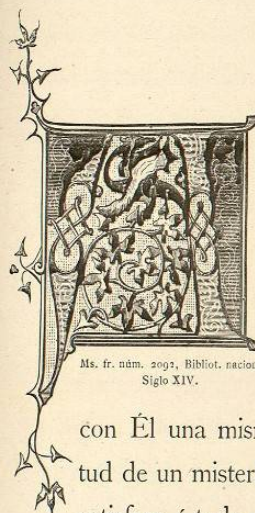


CONCLUSIÓN





## CONCLUSIÓN



Ms. fr. núm. 2097, Bibliot. nacion.  
Siglo XIV.

BONANDO en interés de la obra la síntesis de lo que vierten sus páginas, diremos: que Jesucristo es el Hijo único del Dios único; es el poder, la sabiduría y el resplandor increado del Increado; es el Dios de la tierra y del cielo, el Rey eterno, Todopoderoso, como lo es su Padre, siendo con Él una misma cosa en la indivisible Trinidad. En virtud de un misterio superior á todo entendimiento, pero que satisface á toda razón, ha dado Dios á la tierra su Hijo; y, al darle, se ha dado Él mismo. Ese Jesús, que nos fué dado, es el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios, Dios y Hombre juntamente : Hombre nacido bajo la ley, y Dios para perfeccionarla y cumplirla; Hombre para servir, y Dios para libertar;



Hombre para sujetarse á los trabajos, y Dios para vencer; y Hombre, en fin, para morir, y Dios para triunfar de la muerte. Ese maravilloso misterio es de tal naturaleza, que con los ojos de nuestro espíritu podemos ver la divinidad á través de la humanidad, y el poder que ha criado el mundo y vencido al inferno á través de la debilidad que la malicia del hombre clavó en la cruz; porque Jesús es un sér divino compuesto de dos naturalezas muy diferentes, divina la una y la otra humana, la una increada y la otra creada, y temporal la una y eterna la otra. En virtud de esta obra prodigiosa y de este milagro admirable, habitó la divinidad en la humanidad y la naturaleza humana subsistió en Dios, encontrándose unidos sin interrupción Dios y el hombre en Jesucristo. Tuvo Jesús nacimiento, pero de una virgen purísima. No parecía más que como un niño pobre puesto en una cuna que se le dió de limosna; pero le anuncia una estrella, le saludan los ángeles con un himno inspirado que en dos palabras encierra toda la sabiduría, los santos le bendicen, los reyes esclarecidos por su ciencia van á tributarle su adoración, y los tiranos le temen y tiemblan ante su poder. Huye á Egipto, pero custodiado y defendido de un poder invisible; vive humildemente, siendo soberano y dueño de todo; está sujeto al padecimiento, pero su palabra cura á los enfermos, resucita á los muertos, arroja á los demonios de los cuerpos, impide la vegetación de las plantas y tiene imperio sobre los elementos. Paga los tributos, pero haciendo al mar tributario suyo; sufre en

la cruz, pero á la hora que Él ha predicho y de la manera que ha querido; exhala el último suspiro, pero el centurión le reconoce por Hijo de Dios en la cruz de ignominia en que muere clavado, como los pastores le habían conocido en el pesebre donde nació; fué enterrado su cadáver, y por sí mismo levanta la piedra del sepulcro y sale vivo de él.

Un sér de esa naturaleza ¿es Dios? ¿Es acaso hombre? Mas ¿cómo se compadece la divinidad con los abatimientos, con los dolores y con las aflicciones? ¿Cómo es compatible la condición de hombre con esas maravillas y hechos asombrosos? No puede en manera alguna ser sólo Dios ni sólo hombre; y Jesucristo ha unido tan perfectamente su divinidad con su humanidad, que cualquiera separación, áun la más mínima, le haría inexplicable. Si, pues, no es Dios, no puede ser más que un impostor; y si no es hombre, no se concibe la obra de Dios, y desaparece hasta la misma divinidad. Solamente siendo Dios es como se explica la razón de que sea hombre, y solamente siendo hombre es como se explica que sea Dios; y, por lo tanto, bajo cualquier aspecto que se le considere es Hombre-Dios, y de ese modo todo es lógico y se ve la conveniencia al mismo tiempo que la divinidad. De todas maneras esa misteriosa unión es superior al alcance de la humana razón, si bien no la contraría ni viola los derechos de la misma; y aunque incesantemente la sirva de confusión, no la inspira terror jamás.

San Hormisdas, resumiendo la enseñanza del Papa San



León, da á un emperador la siguiente explicación del misterio de las dos naturalezas en Jesucristo:

«Dios es Trinidad, es decir, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y, sin embargo, Dios es uno. *Escucha, pues, Israel: El Señor tu Dios uno es.* Toda otra doctrina que no sea esa, ó divide la divinidad y admite la loca impiedad pagana de la pluralidad de dioses, ó atribuye sufrimientos á la esencia misma de la Trinidad y supone dolor en la divina naturaleza, que es impasible. La Santísima Trinidad es un solo Dios que no se multiplica numéricamente, que de ninguna manera puede aumentarse ni agrandarse y que no está tampoco sujeto á división alguna. Este misterio de la sustancia eterna, inaccesible aún á la más elevada de las naturalezas invisibles, no debe juzgarse, ni tampoco debemos pretender el someter su profundidad á las leyes de las cosas humanas. Adoramos la incomparable é inefable sustancia de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en donde subsiste la distinción en la indivisibilidad, y la unidad impide toda división en la esencia, aunque las personas envuelvan en sí el número; y tenemos cuidado de dejar á cada persona lo que la distingue, sin quitar á ninguna de ellas la divinidad y sin atribuir á la esencia lo que es propio de cada persona.

»Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, Trinidad sin división. ¡Misterio incomprensible! Sin embargo de eso, sabemos que es propio del Padre el engendrar al Hijo, que es propio del Hijo el ser engendrado igual en todo á su Padre, y que

es propio del Espíritu Santo el proceder del Padre y del Hijo en la unidad de una misma sustancia. Lo que está escrito de que en los últimos tiempos *el Verbo se hizo carne y que habi-*

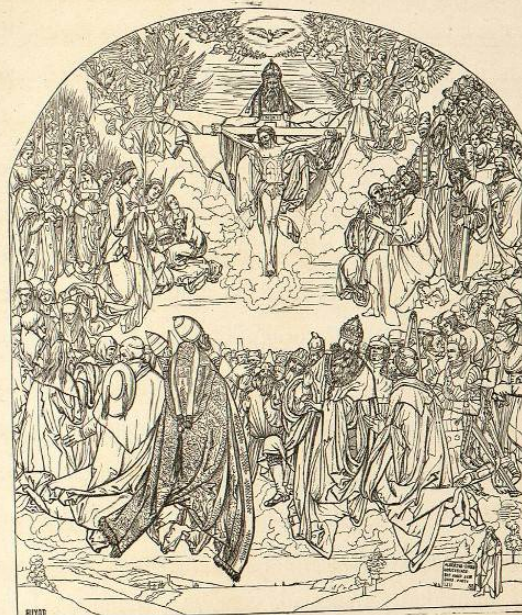


Lámina 178.—La Trinidad Alrededor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo aparecen los ángeles orando con recogimiento ó teniendo las insignias de la Pasión, juntamente con la multitud de mártires y de santos del Antiguo y Nuevo Testamento. Más abajo se ven á la derecha el emperador, el rey, el caballero y todos los miembros de la clase seglar hasta el esclavo, que tiene el latigazo sobre su espalda; y á la izquierda se ve la potestad espiritual, teniendo por representantes al Papa, los cardenales, los obispos, los abades, los monjes y las religiosas.—Cuadro de Alberto Dürero (1511) que se halla en el Museo imperial de Viena.

*tó entre nosotros*, es también propio del Hijo de Dios. Así, pues, las dos naturalezas se hallaban unidas, sin confundirse, en las entrañas de María, Virgen y Madre de Dios, y Aquel que



antes de todos los tiempos era ya Hijo de Dios fué también luégo Hijo del Hombre. Nació en tiempo de un modo igual al de los demás hombres, pero sin abrir el seno de su Madre y dejando intacto el sello de su santísima y perfectísima virginidad, lo que constituye un misterio enteramente digno del nacimiento de un Dios. ¿No debería, por tanto, nacer preservado de toda mancha humana Aquel cuya concepción se había efectuado sin intervención alguna del hombre, y que guardaba todo lo que había recibido de su Padre celestial, ofreciendo á la vista de los hombres lo que había tomado de su Madre santísima?

»Acostado en el pesebre, estaba al mismo tiempo en el cielo; envuelto en pañales, era adorado de las legiones de lo alto, y siendo todavía niño enseñaba una doctrina sobrehumana y manifestaba su omnipotencia con prodigios divinos. Era Dios y Hombre juntamente, no en virtud de una adopción ó de una asociación cualquiera, sino porque Él mismo era verdadera y realmente el Hijo de Dios. Dios y Hombre, es decir, fuerza y debilidad, humildad y majestad, vendido y redentor; clavado en una cruz y dando el reino de los cielos; revestido de nuestra condición hasta el extremo de sufrir la muerte, y dueño de la omnipotencia divina hasta el punto de resucitar. Por la misma razón que nació hombre, quiso también ser enterrado; y porque permaneció semejante á su Padre, verificó su resurrección. Siendo uno de los muertos, reanimó á los que yacían entre las cenizas del sepulcro; sin dejar el seno de su Padre, descendió

á los infiernos; y habiendo espirado según la ley común á todos los hombres, volvió á tomar su alma y su vida en virtud de su poder divino.

»De que todo eso sea verdad nos da testimonio Aquel que lo ha hecho. Queriendo que la vista de sus sufrimientos no nos indujese á creer que no era Dios, y que el esplendor de sus milagros no nos hiciera sospechar que solamente era Dios y que no era hombre, nos instruyó sobre ese punto por medio de la conducta diversa de los Apóstoles. La fe de San Pedro nos hace ver que Jesucristo Nuestro Señor es Dios, y la duda de Santo Tomás nos demuestra que es hombre. Cuando preguntó á sus discípulos qué era lo que los hombres decían acerca de Él, ¿qué otra cosa se propuso sino el provocar esta respuesta de Pedro: «Tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo?» La alabanza y confesión contenidas en esas palabras, inspiradas por Dios Padre, producen en nosotros la fe en la verdad que por ellas se nos revela; y de la misma manera, cuando, después de la resurrección, se apareció el Señor á los Apóstoles, ¿por qué tuvo lugar la ausencia y luégo la duda de Tomás? Fué con el fin de que el mundo crea lo que ha verificado el incrédulo discípulo, y para que la universalidad de los fieles pueda conocer lo que es Jesús por medio del testimonio de aquel á quien mandó que le tocase con sus propias manos, pues el Salvador dulcísimo no puso de esa manera en evidencia la incredulidad de Tomás para que le sirviera de confusión, sino para la enseñanza é ins-



trucción de la posteridad. Del mismo modo se unió el Señor á dos discípulos y tuvo un entretenimiento con ellos cuando iban á Emmaus. Ellos habían sabido el suceso de la resurrección por el relato de las santas mujeres, y, sin embargo, permanecían en la duda; y Jesús, con el fin de que su incredulidad sirviese para confirmar la fe en los siglos venideros, interpretando

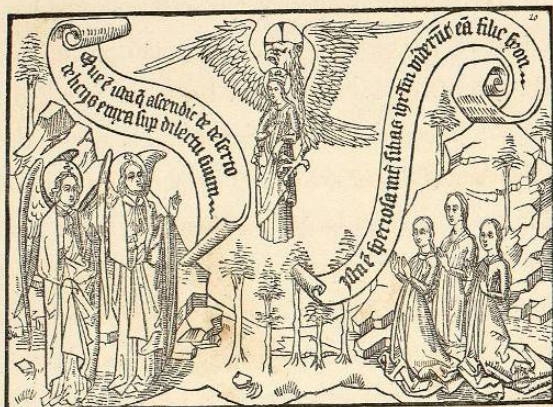


Lámina 179.—Jesucristo, bajo la figura de águila, mostrando sobre su cabeza la aureola de la cruz, libra al alma fiel de las seducciones del mundo; la muestra una inscripción latina que significa: «¿Quién es esta que sube del desierto llena de delicias y apoyada sobre su amado?» (Cant. VIII, 5).—Facsimile de un grabado del siglo XV.

á Moisés y á todos los Profetas, les demostró que Jesucristo debía sufrir para entrar en el reino de los cielos; aduciendo multiplicados testimonios de los Libros santos, probó que en Él se encuentran á la vez las dos naturalezas: la humana, que la acredita el padecimiento, y la divina, que está revelada por la gloria.»

Si atendemos á los designios de Jesucristo sobre el mundo,

encontramos igual misterio por la misma apariencia de oposición entre ellos y entre los medios que escoge para cumplirlos. Quiere establecer sobre la tierra un imperio que será el blanco y la presa de la fuerza; y teniendo en sus manos la fuerza para defenderle, prescinde de ella y no la emplea jamás. Quiere ganar al mundo y atraerle hacia Él, y se vale de todo lo contrario á lo que el mundo ama y busca; y no solamente es crucificado, sino que toma ese nombre. Por toda herencia da una cruz á los doce Apóstoles ignorantes que eligió, encargándoles que la enseñaran y presentaran ante el género humano. Ellos lo hacen así y triunfan, y su victoria se alcanza en ménos tiempo que el que emplea un imperio poderoso en extinguir la nacionalidad de la población que ha conquistado. Caen por tierra los ídolos, se levanta una nueva humanidad, y semejante milagro le efectúa la sola palabra de Jesús. Esa palabra dada á los Apóstoles y que ellos no comprendían cuando la pronunciaban, esa palabra que levantó contra ella á los judíos y que excita y contraría los primeros instintos del hombre, es, sin embargo, conforme la llaman ahora los Apóstoles, la *palabra de reconciliación*, que restablece todo en orden y en sólida paz, al hombre con Dios, con su prójimo y consigo mismo, y produce un cambio dichoso en la sociedad, en los espíritus y en los corazones. Ella alumbrá las tinieblas, llena de fecundidad lo que está estéril, hace que el judío estupefacto vea claramente lo que hay en las Santas Escrituras, cuyos abismos desolaban y abrumaban su enten-



dimiento, y ella libra también al pagano del laberinto en donde el sofisma atormentaba su razón.

¡Qué vida, qué luz y qué alegría había ya en los primeros cristianos! En lo sucesivo ya sabe el hombre hacia dónde se encamina, y tiene seguridad, no solamente en el camino que anda, sino también en el fin á que aspira. La palabra del Creador había hecho solamente del hombre otro hombre; empero el Verbo encarnado ha hecho del hombre un Dios, pues le ha hecho participante de la naturaleza divina. San Pedro es el Apóstol que enseña esa doctrina tan admirable, y el hombre la cree y la comprende, ese mismo hombre tan degradado que adoraba antes á los emperadores como dioses y estaba apegado á un repugnante fetiquismo. Mas en la dignidad y grandeza á que por semejante enseñanza es elevado persevera dulce y humilde, y el sentimiento de la adoración, de que hasta entonces había tan tristemente abusado, se desenvuelve legítimamente, conforme á su naturaleza, y corona la tierra de una eflorescencia hermosísima y esplendorosa de santos.

Suele objetarse que, sin embargo de esos abundantes frutos, no todo se ha convertido ni transformado, y se muestra, con una especie de fruición homicida, todo lo que, en vez de convertirse, se aleja y se separa de esa enseñanza y de su nueva vida. Sobre eso no cabe duda, pues Dios no hace lo que no quiso ni se propuso hacer; y como no quiso destruir el libre albedrío, subsiste éste todavía en el hombre. El que te ha criado

sin contar contigo, dice San Agustín, no te salvará sin ti, y, por lo tanto, si tú no quieres salvarte, ni quieres cooperar con Jesucristo á la obra de tu salvación, no te salvarás y perecerás.

La adoración puede tener lugar en el cielo ó en el infierno, y al hombre sólo le es dado elegir. Ahí está todo el libre arbitrio, del que jamás deben pretender el orgullo y estupidez del hombre hacer una dignidad divina cuando se le llama libertad. No hay nadie más que Dios que posea la libertad radical, plena y esencial en todas sus obras exteriores; el hombre tiene libre arbitrio, y es mucho tener; pero no puede prescindir de ejercitarle, y usando de él elige entre el bien y el mal, entre el cielo y el infierno; pero no le es posible la abstención, porque el abstenerse es ya un acto de elección.

Esa elección libre, puesta siempre en poder de cada individuo, se propone muchas veces á la humanidad entera. Un decreto de Dios la obliga á decidirse entre Jesús y Barrabás. La civilización moderna, fundada sobre la divinidad de Jesucristo, está pasando por una de esas crisis tremendas y espantosas, y, desgraciadamente, se inclina á favor de Barrabás por escuchar y acariciar la voz de los que la dicen y la gritan que arroje á Jesucristo de su seno. Si, pues, Jesucristo llega á ser expulsado, ¿quién puede prever lo que sucederá?

No es, pues, posible el quitar á Jesucristo del mundo, porque hasta el mismo sepulcro le guardó vivo. Quitarle el trono, clavarle en la cruz, todo eso puede Él permitirlo. Mas el espí-



ritu que intenta ese gran crimen contra Él y contra el género humano no quiere tanto arrebatarse la corona de la frente de los reyes cuanto darles la tiara y poner en sus manos el reinado de las tres concupiscencias que constituyen la corona de Satanás. La época que vuelva á ver colocado á Jesucristo en el Calvario verá nuevamente también á Tiberio en Caprea, y el dios Tibe-



Lámina 180.—La Nave mística.  
Miniatura de una *Biblia moralizada* que con el número 9561 se halla en la Biblioteca nacional de París, y data del siglo XIV.

rio tendrá de nuevo templos para su culto, y esclavos por sus adoradores, y víctimas humanas para sus caprichos.

Esa divinidad monstruosa no durará, sin embargo, más que un momento, y hasta entonces la Iglesia todavía permanecerá con vida; y aún durante ese momento, la vida de la Iglesia mantendrá el orden y plan general de la Redención. Los arcanos de la misericordia de Jesucristo son incomprensibles, como lo son los de su omnipotencia, y, por lo tanto, pertenecerá al

Hijo de Dios todo lo que deba ser de Él. Hasta el postrer momento del mundo aprovechará la Redención de alguna manera á todo el género humano, porque ella viene á ser como un torrente de fuego líquido que, partiendo del disco del sol, atraviesa los espacios y las frías aguas de los mares en toda su inmensidad. Sin duda alguna no se calentará todo el mar, y quedarán en él algunas regiones glaciales; pero si ese río bienhechor de fuego no existiese, todo quedaría helado, y, por consiguiente, perecería. Es debido á su feliz influencia el que se conserve la vida por doquiera en donde se halle derramado y en cualquier grado que exista; y donde la vida es más abundante, allí emprende la misma y realiza sin cesar grandes conquistas sobre la muerte.

No existen, pues, regiones muertas adonde no se lancen los habitantes de regiones que tengan vitalidad; y esos habitantes llenos de vida son los que cantan el *Credo* de los Discípulos de Nuestro Señor y de Nuestro Salvador Jesús.

LUIS VEUILLOT.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO